

mujeres, que habian tenido la dicha de ver tambien al Señor.

Segunda vez se presentó con ellas á los Apóstoles para dar testimonio de su veracidad; pero aunque Pedro creyó, los demas se negaron á creer.

En esta alternativa propuso Pedro á los demas Apóstoles ir á Galilea, donde el Señor habia prometido encontrarles despues de su resurreccion.

Llegada la noche se dispersaron por temor á los judíos, y se dirigieron á Galilea por distintos senderos.

#### SUPLICA

¡Oh Jesus mio! cuán grandes é innumerables son los beneficios que dispensas á las almas que verdaderamente te aman, y lo dejan todo para ir en pos de Tí! Quisiera, Señor, amarte como te amó Magdalena, y buscarte con la fé con que te buscaron las Marías, para merecer como ellas, la gracia de mirar tu semblante y de bañar con mis lágrimas tus sagrados pies. Enciende, Señor y Dios mio, mi corazón; tú sabes que deseo amarte como eres digno de ser amado: apártale del amor al mundo para que solo viva en Tí, centro de toda perfeccion. Amén.

#### CAPITULO XXIII.

### LA ASCENSION.

María Virgen, la misteriosa flór de Nazareth, fué la primer persona á quien Jesucristo se apareció despues de su resurreccion, que fué el domingo. Los Apóstoles le vieron varias veces durante cuarenta dias que permaneció sobre la tierra, despues de ella; pero su amantísima Madre no dejó de verle un solo dia.

Y era natural, porque sabemos que Jesucristo recompensa de una manera espléndida los sufrimientos de los que le aman.

¿Y quién le amó nunca, ni le amará, como le amó María, que no solo le vió y le oyó como los Apóstoles sino que tuvo la incomparable dicha de ser su Madre, de alimentarlo con su sangre purísima, de llevarlo en su seno y en sus brazos, de guiar su infancia, de seguirlo mas tarde hasta la cumbre del Calvario y de fecundizar con sus inocentes lágrimas el árbol augusto de la Redencion?

¡Sus dolores y su amor fueron inmensos; inmensos debian ser sus regocijos!

No podia el Señor presentarse á los otros dejando á su santísima Madre en el olvido, devoran-

do sus lágrimas que habian sido tantas y tan amargas en aquellos tres dias de soledad.

A María la visitaba frecuentemente para consolarla: à los Apóstoles para instruirlos y fortalecerlos en la fé.

En una de estas entrevistas dió á Pedro la potestad de perdonar los pecados y de bautizar.

Así como un rico negociante cuando tiene que emprender un largo viaje ó se separa de sus negocios por algun otro accidente, nombra un administrador y le dá facultad sobre todo aquello de que le hace entrega; Jesucristo nombró á Pedro cabeza visible del colegio apostólico; le instruyó, le iluminó, por decirlo así, con su propia luz. De pescador que era lo elevó á la supremasía de la Iglesia, de tal manera, que ningun ser humano podia pertenecer á ella, sin estar bajo la potestad de su dominio.

A la mitad del cielo se encontraba la abri-llantada órbita del sol, cuando Jesus salió del Cenáculo acompañado de su santa Madre, de los Apóstoles y discípulos, que en número de ciento veinte le seguian.

Era juéves: la naturaleza entera sonreia; gran número de barcos rasgaba las ondas del mar de Tiberiades; el Cedron se deslizaba tranquilo sobre su cauce, en que brillaban al reflejo del sol, metalizadas arenillas: las gaviotas y las garzas revoloteaban en las playas conchíferas del mar de Mármara: gallardos tulipanes, movidos por el viento-cillo, besaban el perfumado cáliz de las blancas azu-

cenas; las verdes higueras del Olivete se mecian suavemente, y en lo espeso de su ramaje, mil aves de variado plumaje trinaban y sacudian sus sedosas alillas: doradas y blancas mariposas formaban aquí y allí volantes y remolinos, jugueteando unas tras otras; y el cielo diáfano y sereno, ostentaba en su cóncavo cortinaje, uno que otro nimbo plateado y vaporoso.

Al sonar la hora de doce, Jesus, extendiendo sus manos mas blancas que la nieve, bendijo á todos los que le habian seguido hasta allí, en tanto que una bellissima nube de oro y grana, sirviendo de trono á millares de ángeles, se colocó á sus plantas y le fué alejando poco á poco de la tierra.

Ondeaba su túnica blanca, y de sus ojos se derramaban efluvios de luz: la cabellera cayendo megestuosa sobre la espalda, brillaba como el oro, y un resplandor de fuego le circundaba.

Absortos se arrodillaron todos con la vista elevada al cielo, los brazos levantados en actitud de admirar, y los labios asombrados entreabiertos.

La nube iba tomando crecimiento en proporcion á la distancia en que se hallaba, y ocultando el resplandeciente cuerpo de Jesus, hasta que lo envolvió del todo en su nacarado crespon.

Largo rato hacia que habia desaparecido, y la multitud aun permanecia en el mismo sitio, como esperando volver á verla.

Indudablemente les habria encontrado la noche en aquel éxtasis de arrobamiento, si un ángel descendiendo hácia ellos, no les hubiera ordenado que se volviesen á Jerusalem!

Bajaron todos unidos la pendiente del cerro, seguidos de la Virgen, Magdalena y las otras Marias.

Entraron al Cenáculo, donde permanecieron largo rato en oracion.

En el rostro de cada uno se pintaba el gozo más puro por la gloria del Señor.

La vida de Jesucristo habia terminado; de su sagrada historia, quedaba allí María.

María, que en lo de adelante seria la consultora del apostolado; la lumbrera más fuerte de la naciente Iglesia; la fortaleza de los mártires del cristianismo; la madre, en fin, de todo el género humano.

## SUPPLICA

Podérosa Reina del cielo y de la tierra, Madre y Señora mia, enyo santo nombre tantas veces he invocado, y ante cuya grandeza tantas veces me he avergonzado. Aquí me tienes a tus plantas, como el sediento en busca de la fuente que ha de mitigar su sed. Causa fueron mis culpas de que mi Jesus muriese y de que tus ojos derramaran tantas lágrimas. Demasiado sé que soy una infeliz indigna de darte el nombre de Madre; pero tu corazón es todo ternura y misericordia; en él espero: las flores del desierto necesitan del rocío para vivir, yo necesito de tu gracia para que mi alma no muera, y pueda algún dia adorar en el cielo la grandeza y magestad de mi Dios como tú la adoraste en su gloriosa Ascension. Amén.

## CANTO XLV.

## DESTRUCCION DE JERUSALEN.

Fuerte con su armadura y sus broqueles,  
Sus despóticas leyes y su sòlio,  
Competir quiere la ciudad deicida  
Con la Roma del alto Capitolio.

Se sueña libre, poderosa y grande;  
Reina quiere vivir, no tributaria,  
Y maquina en silencio, de venganza,  
Hacer arder la roja luminaria.

Germina la ambicion en su cerebro;  
Se cree dominadora en un segundo;  
Cual creyó Napoleon en otro dia  
Ser el dominador de todo el mundo.

A sus plantas contempla el Palatino,  
Ve al Quirinal sirviéndole de muro;  
Y sultana se ve sobre la Roma,  
Roma que se hunde en el olvido oscuro.

Y tantas ilusiones y tan grandes  
La hacen soberbia preparar metrallas,

Cotas, corazas, lanzas y broqueles,  
Y fosos, y trincheras, y murallas.

Mas suena sin cesar sobre sus muros  
Una amenaza horrible, aterradora,  
Fatídicas palabras que se escuchan  
Por toda la ciudad, y à toda hora:

"¡Desgraciada ciudad de los Herodes,  
Jerusalen Jerusalen deicida!  
¡Desgraciados tus hijos! ¡desgraciados,  
El festin de los buitres te convida!

"Ya resuena en los montes de Judea  
El toque funeral de tu agonía;  
Ya alumbran los blandones tu cadáver...  
¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalen impía!

"No ha de quedar de tu soberbio Templo  
Ni cimientos, ni piedra sobre piedra:  
Sobre ruinas y escombros espantosos  
Triste sus hojas tenderà la yedra.

"En tus ricos palacios de granito  
Se arrastrará la víbora que mata;  
Las palomas huirán de tus jardines...  
¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalen ingrata!

"El extranjero que tu polvo pise  
Solo hallará desolacion y ruinas:  
¡Estériles serán tus sementeras,  
Lóbregas y desiertas tus colinas!

"¡Ay de Capheta y de tu Torre Antonia!  
"No le valdrán sus fuertes ni su altura."  
"¡Ay de tu Sanedrin y de tus Jueces!.....  
"¡Ay! ¡ay de tí, Jerusalen impura!

"En sangre rojo se verá el Torrente,  
"Y bramarán sus espumosas ondas,  
"Y entre densas columnas de humo y fuego  
"Envueltas se veràn tus nubes blondas.

"El aguijon del hambre te hará trizas;  
"Se oirá en tus puertas espantosa grita;  
"Lágrimas de dolor han de regarte....  
"¡Ay! ¡ay de tí Jerusalen maldita!"

## II

Hácia el Norte, perdida entre la bruma,  
Espesa polvareda se levanta:  
El poderoso ejército de Tito  
A la ciudad deicida se adelanta.

Brillan los cascos de bruñido acero,  
Los equipos de guerra no se cuentan;  
Los bélicos romanos en su pecho  
Sed de venganza y de esterminio alientan.

Tito al mirar los muros y torreones  
De la ciudad por el Señor maldita,  
Volviéndose à sus huestes numerosas,  
Terrible y esforzado así les grita:

"Ahí teneis, romanos, à la esclava

«Que á su señor desconocer pretende;  
 «A la bella ciudad de los Herodes,  
 «Ramera vil que al deshonor se vende.»

«Ahí teneis á la que aroja el guante  
 «A la temible y poderosa Roma:  
 ¡Trizas hac-dla! ni cenizas queden!»

«¡Nuestra muerte, soldados, ó su toma!»

«Lucio Nercn sabrá recompensaros  
 «La humillacion de la rebelde esclava,  
 «¡Porque manchas como ésta, en las coronas,  
 «Solo la sangre del rebelde lava!»

Enardecidos oyen sus palabras,  
 Como buitres se arrojan á su presa;  
 Alzan fosos, murallas y trincheras;  
 ¡Un sitio de hambre en la ciudad empieza!

Los romanos asaltan esforzados,  
 Se oye de guerra el alarido horrendo:  
 Degüellan niños, hombres y mujeres,  
 Y el Templo se desploma con estruendo.

Columnas de humo y fuego se levantan,  
 En horno convirtiendo el horizonte,  
 ¡Todo ha concluido! de la Torre Antonia  
 No quedan ni cimientos sobre el monte!

.....  
 .....  
 .....

Es la mano de Dios; maldita estabas,  
 ¡Jerusalen, Jerusalen impía!

Con la sangre del justo te manchaste,  
 Aciago ha sido para tí este dia.

Un anatema llevas en la frente  
 Escrito con la sangre del Ungido,  
 Que á borrarle no bastan, si se juntan,  
 Los siglos que serán, y los que han sido.

En vano intentarás sobre tus sienes  
 Colocar de los reyes la diadema;  
 Siempre inclinada te verás; sí, siempre,  
 Al peso abrumador del anatema.

La maldicion, la maldicion del cielo  
 Resuena en tus montañas todavía:  
 ¡Cumplido está lo que Jesus predijo....!  
 ¡Llora ingrata ciudad, ciudad impía!

Con las manos y faz ensangrentadas,  
 La púrpura del manto hecha pedazos,  
 La caridad imploras del viajero  
 Que viene á tus escombros y ribazos.

Llora, infeliz mendiga; llora, llora.....  
 Camina á tu destino paso á paso:  
 ¡Tus grandezas de un tiempo se eclipsaron!  
 ¡De tus pompas el sol llegó á su ocaso!

**FIN.**

Con la sangre del justo te manchaste,  
 Aciago ha sido para ti este día.  
 Un anatema llevas en la frente  
 Escrito con la sangre del Ungido,  
 Que é portante no bastan, si se juntan,  
 Los siglos que seran, y los que han sido.

En vano intentarás sobre tus sienes  
 Colocar de los reyes la diadema;  
 Siempre incluída te verás; sí, siempre  
 Al peso abrumador del anatema.

La maldición, la maldición del cielo  
 Resaca en las montañas todavía;  
 ¡Cumplido está lo que Jesús predijo!  
 ¡Lora ingrata ciudad, ciudad impia!

Con las manos y fax ensangrentadas,  
 La púrpura del manto hecha pedazos,  
 La caridad impiora del viajero  
 Que viene á tus escombros y ruinas.

Lora, infeliz mendiga; lora, lora.....  
 Camina á tu destino paso á paso:  
 Tus grandezas de un tiempo se eclipsaron!  
 De tus pompas el sol llegó á su ocaso!

FIN.

## INDICE.

Juicio del Sr. Canónigo D. Florencio N. Parga,	5.
Licencia,	6.
Dedicatoria,	7.
Prólogo,	9.
<b>CAPITULOS.</b>	
Introduccion. Justicia y Clemencia,	11.
I. ¡Maria!	20.
II. "La paz sea contigo"	21.
III. La Circuncision,	46.
IV. La Purificacion,	57.
V. El pan del desterrado,	71.
VI. La muerte del Justo	84.
VII. Ingratitud de los Nazareos,	99.
VIII. "He allí el Cordero de Dios"	107.
IX. Jesus va por primera vez á Jerusalem,	115.
X. Las Bienaventuranzas,	126.
XI. Fé de Jairo,	136.
XII. Jesucristo se compadece de la viuda de Nain,	150.
XIII. Peticion de las Marias,	170.
XIV. Multiplicacion de los cinco panes,	182.
XV. La palabra de Dios,	204.
XVI. La Transfiguracion,	211.
XVII. La Oracion,	232.
XVIII. Resurreccion de Lázaro,	244.
XIX. La última cena,	256.
XX. Beso de Judas,	262.
XXI. Muerte de Jesus,	269.
XXII. Despues de llorar,	278.
XXIII. La Ascencion,	282.

CANTOS.

I. Zacarías,	17.
II. La Encarnacion,	26.
III. Nacimiento del Mesías,	40.
IV. Los Magos,	50.
V. Los primeros mártires del Cristianismo,	62.
VI. Muerte de Herodes,	68.
VII. El Niño de Nazareth,	79.
VIII. En el Jordan,	89.
IX. La tentacion,	94.
X. Cafarnaun,	104.
XI. Las Bodas de Caná,	113.
XII. La Samaritana,	120.
XIII. La barca,	133.
XIV. Prision del Bautista,	143.
XV. En la Piscina,	147.
XVI. La Magdalena,	156.
XVII. Salomé,	176.
Parábolas, (8 cantos),	192—203.
XXVI. La Cananea,	208.
Parábolas, (8 cantos),	218—231.
Parábolas, (6 cantos),	236—243.
XLI. Domingo de Ramos,	252.
XLII. La Oracion d l Huerto,	259.
XLIII. Los tribunales,	266.
XLIV. La Resurreccion,	276.
XLV. Destruccion de Jerusalem,	287.

FE DE ERRATAS.

<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
Precursos pág. 18, cuarteto 1.º verso 3.º	Precursor
de " 24, línea 18,	te
benedida " 27, octava 2.ª verso 6.º	benedicida
Roma " 60, línea 19,	Ramá
Tarixeos " 90, cuarteto 3.º verso 3.º	Fariseos
darante " 175, Súplica, línea 2.ª	durante
Flotar en alto 179, cuarteto 1.º verso 4.º	Flotar en lo alto
aves " 209, octava 1.ª verso 1.º	rosas
didicado " 232, línea 15,	dedicado
eder " 260, cuarteto 6.º verso 2.º	poder

